

Un pastor que á su techo  
 Se dispone á volver con su majada.  
 La virgen, con instancia repetida,  
 Le ruega que le indique una morada  
 Do, buena ó mala, hallar pueda acogida,  
 Mejor en todo caso

Que la que allí le ofrece el campo raso.

« No sé, » dice el pastor, « que sitio alguno  
 « A cuatro ó cinco leguas de este exista  
 « Do podais alojaros, sino es uno  
 « Que de aquí solo algunas millas dista,  
 « Y que la Roca de Tristan se llama.  
 « Mas ir allá yo juzgo inoportuno,  
 « Pues solo con la lanza ó con la espada  
 « En él se puede conseguir entrada.

« Si vacante, al llegar un caballero,  
 « El sitio está, su alcaide lo recibe  
 « Con condicion de que, como otro arribe;

« A lidiar el primero

« Irá con él, y el puesto

« Dejará si el combate le es funesto.

« Si á un tiempo dos, tres, cuatro

« O mas guerreros llegan, acogellos

« Debe el alcaide, y si otro sobreviene,

« Solo en el campo tiene

« Que sostener la lucha contra aquellos.

« Por el contrario, si uno solo se halla

« En el alcázar cuando llegan varios,

« A todos estos nuevos adversarios

« Está obligado á presentar batalla.

« Si sucede igualmente

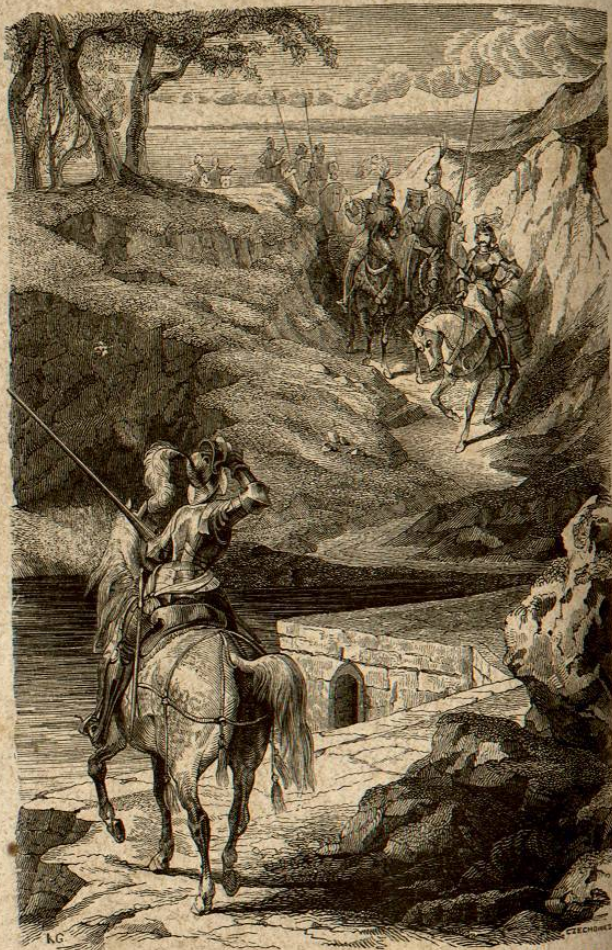
« Que allí dama ó doncella,

« Sola ó acompañada, se presente,

« Otra hallándose ya, la ménos bella

« Vano es que allí permanecer intente.»

Al buen pastor pregunta Bradamante  
 Donde la Roca está; y él se la muestra  
 No solo con la voz, mas con la diestra.



Bradamante ve á los enviados de la reina de Irlanda. (T. II, p. 193.)

Cinco millas ó seis de allí distante.  
 Bien que ligero Rabicano trota,  
 Tan áspera y tan rota  
 Por el agua y el fango está la vía,  
 Que, á su pesar, desaparecer la dama  
 Ve el último crepúsculo del día.  
 De noche llega y al castillo llama.  
 Dicenle que ocupado  
 Está por numerosa compañía,  
 Que, habiendo hace gran rato allí llegado,  
 Solazándose en torno á lumbre clara  
 Está, mientras la cena se prepara.  
 « No para ellos la apresta el cocinero, »  
 Dice la vírgen, « y, si no han cenado,  
 « No cenarán : vé ; dí que los espero ;  
 « Que sé la usanza, y que observarla quiero. »  
 Con la embajada parte el centinela.  
 Tres caballeros, bien que aquella lumbre  
 Por ir al campo abandonar les duela,  
 A observar obligados la costumbre,  
 Se levantan, y armándose despacio,  
 Salen de mala gana del palacio.  
 Estos tres eran los famosos reyes  
 Que, del amor sujetos á las leyes,  
 Por ganar el broquel vienen á Francia,  
 En pos de la irlandesa embajadora.  
 Llenos de furia pues y de arrogancia,  
 Sus caballos empujan  
 En busca de la dama, á quien devora  
 Ansia de ser contada entre los pocos  
 Que en fuerza á estos monarcas sobrepujan,  
 Y que la noche por ningun estilo  
 Quiere pasar sin cena y sin asilo.  
 A miradores y á ventanas sube  
 La gente del castillo  
 Por ver la lid que, entre una y otra nube,  
 Ilumina la luna con su brillo.  
 Cual se anima y se alegra

Amante tierno que , en congoja grave  
 Y en el silencio de la noche negra ,  
 Escucha el son de misteriosa llave ,  
 Se alegra la doncella cuando siente  
 Abrir las puertas y bajar el puente.

Salen los tres guerreros. Al mirarlos,  
 Veloz contra ellos su corcel empuja,  
 Y saca de la cuja

El asta que va pronta á derribarlos ,  
 Sin que á evitar su ruina fuera parte  
 Toda la audacia y el poder de Marte.  
 Avánzase el primero el rey de Suecia  
 Y el primero tambien descendiendo al llano ,  
 Que en el yelmo le hirió con furia recia  
 La lanza nunca enarbolada en vano.

Síguele el rey de Gotia , que á gran trecho  
 De su corcel va con los pies por alto ,  
 Y tendido en el fango de un barbecho ,  
 Queda el noruego en el primer asalto.

Luego que en tierra á los tres reyes puso,  
 Hácia el castillo va; do , segun uso ,  
 Antes de entrar, le obligan á que jure  
 Que está pronta á salir á la palestra  
 Contra todo el que muestra  
 De audacia por entrar hacer procure.

Por el alcaide , que en la lid la ha visto,  
 El valor de la dama fué bien quisto ,  
 Y asimismo lo fué de la señora ,  
 De la insula Perdida  
 Cabe á Cárlos nombrada embajadora.  
 Cortes y comedida

Bradamante saludala. Ella luego ,  
 Con afable ademan y gesto ufano ,  
 Álzase, y por la mano  
 Acompaña á la jóven hácia el fuego.  
 Al desatarse el yelmo , Bradamante  
 La cofia de oro suelta  
 En que su hermosa cabellera envuelta



Bradamante en el Castillo. (T. II, p. 195.)

Lleva siempre y oculta. Por su cuello  
Y su espalda esparciéndose el cabello,  
Muestra que alma arrogante  
De una dama encubrir puede el semblante.

Cual suele, al descorrerse la cortina,  
Brillar entre mil lámparas la escena,  
Que los ojos fascina,  
De estatuas de oro y de pinturas llena,  
O cual, rasgando de una nube el velo,  
Su vivífica luz el sol derrama;  
El yelmo así quitándose, la dama  
Su faz descubre, hermosa como el cielo.

Magüer que no tan largo todavía  
Como ántes de que el monje lo cortara,  
Con rapidez tan rara

Su cabello creció, que ya podía  
Un nudo hacer con él. No bien la vido,  
A la dama el alcaide ha conocido,  
Y, con doble delicia,  
La agasaja, la obsequia y acaricia.

A la lumbre sentados, se entretienen  
Con plática sabrosa cuanto honesta,  
En tanto que á anunciar los pajes vienen  
Que la cena que aguardan está presta.  
Bradamante de aquesta

Y otras varias usanzas que allí rigen  
Indagando el origen,

Recibe del alcaide esta respuesta:

« Mientras reinaba en Francia Faramundo,  
« Clodio, su hijo, en amor se cosumia  
« Por una dama, de que en todo el mundo  
« La rival en belleza no existia.  
« Este amor era tanto y tan profundo,  
« Que, á su lado viviendo noche y dia,  
« Cual Ino al del pastor, sintió desvelos,  
« Sintió cual ella amor y sintió zelos.  
« En este alcázar, de do sale apénas,  
« Y que del padre recibió, la guarda.

« Diez guerreros defienden sus almenas,  
 « Gente escogida entre la mas gallarda.  
 « A este sitio , guiado por sus penas ,  
 « Tristan , que no se abate ni acobarda,  
 « Llegó con una dama , á quien pujante  
 « Arrancó de los brazos de un gigante.  
 « El sol hácia las béticas orillas  
 « Ya comenzaba á apresurar su viaje ,  
 « Y , no viendo otro alcázar á diez millas ,  
 « Se dirige Tristan á aquel paraje.  
 « Mas Clodio , en cuyo pecho hondas semillas  
 « Echaron ya los zelos , hospedaje  
 « Se niega á dar en su castillo , en tanto  
 « Que se halla en él su idolatrado encanto.  
 « Viendo que en vano al dueño de la Roca  
 Ruegos dirige , exclama el caballero :  
 — « Pues tu pecho mi súplica no toca ,  
 « Lograr por fuerza lo que pido espero.  
 « A tí y á tus satélites provoca  
 « Un solo paladin ; baja , que quiero  
 « Probarte con las armas en la mano  
 » Que eres tan descortes como villano. —  
 « Expresa condicion , como los vena ,  
 « Y el arzon al encuentro no abandone ,  
 « Es que en la Roca por entrar comienza  
 « Y fuera á Clodio y á sus gentes pone.  
 « Por no sufrir , negándose , vergüenza ,  
 « Clodio á peligro de morir se expone ;  
 « Y presto á todos arrojando á tierra ,  
 « En el castillo el buen Tristan se encierra.  
 « Entrando en él , se encuentra con la dama ,  
 « De Clodio compañera y dulce hechizo ,  
 « Que bella , cual publicalo la fama ,  
 « Natura , avara de sus dones , hizo.  
 « Al verla hablar con él , de ira se inflama ,  
 « Y denuesta al guerrero advenedizo  
 « Clodio , alzando la voz , que , humilde luego ,  
 « Desciende hasta la súplica y el ruego.

« Bien que á otra que á su Isult amar le vede  
 « El licor encantado que ha bebido ,  
 « No permite Tristan que impune quede  
 « La iniquidad del principe vencido.  
 « De este pues á las súplicas no accede ,  
 « Y esta respuesta dale : — Convencido  
 « Estoy de que obraré contra derecho  
 « Si á tal belleza del alcázar echo.  
 « Y á tí , pues te parece tan amargo ,  
 « Solo , pasar la noche en tal desvelo ,  
 « Darte puedo una dama , con encargo  
 « De que se rinda á tu amoroso anhelo.  
 « Hermosa y jóven es ; no sin embargo  
 « Tanto como esa , de heldad modelo ,  
 « Que , siendo la mas bella , fuera injusto  
 « No darla al mas valiente y mas robusto.  
 « Triste toda la noche y malcontento ,  
 « Vueltas da Clodio en torno de la casa ,  
 « Mustio velando al pié del aposento ,  
 « Do saber no le es dado lo que pasa.  
 « Helado por la lluvia y por el viento ,  
 « En el volcan de su pasion se abrasa.  
 « Al nuevo dia , en fin , Tristan mitiga  
 « Su dolor , devolviéndole á su amiga.  
 « Y este dolor se trueca en alegría  
 « Cuando escucha á Tristan que afirma y jura  
 « No haber querido su repulsa impía  
 « Castigar destruyendo su ventura ,  
 « Si solo hacerle al raso húmedo y frio  
 « Noche pasar sobre la tierra dura.  
 — « De tu conducta , por ningun concepto ,  
 « Añade , — á Amor como disculpa acepto.  
 « Pasion es el amor noble y honesta  
 « Que , engrandecer pudiendo al mas villano ,  
 « Jamas su apoyo á la injusticia presta.  
 « Parte á poco Tristan ; y , no lejano ,  
 « Clodio sus pasos á seguir se apresta ,  
 « El alcázar dejando á un castellano ,

« A quien manda observar la ley que fija  
« Eternamente aquí quiere que rija. »

Mientras el huésped su historia así termina,  
En la estancia vecina,  
Bella y ornada como  
Jamás sala se vió, suntuosa mesa  
Prepara el mayordomo.  
Copia inmensa de hachones ilumina  
Los muros de esta sala, en que el dibujo  
Los prodigios de su arte reprodujo.

Esta espléndida escena,  
De que admiran atónitas el lujo,  
A las doncellas hace  
Casi olvidar la cena,  
Sabrosa sin embargo

Tras viaje tan incómodo y tan largo.  
Mientras que el mayordomo con gran pena  
Helarse ve las viandas en los platos,  
Exclama un cocinero :

« Contentad los estómagos primero,  
« Luego contemplaréis esos retratos. »

Sentados están ya ; ya iba la mano  
A llevar los manjares á la boca,  
Cuando una idea ocurre al castellano.  
¿Cómo alojar dos damas en la Roca?  
Pues juntas no llegaron, es preciso  
Que solo quede allí la mas hermosa,  
Y que á ver la otra vaya si lluviosa  
Está la noche, ó si enfangado el piso.

Dos ancianos convoca  
Y algunas damas, de las mas expertas,  
Y les manda declaren á cual toca  
Quedarse en el castillo,  
Y á cual toca salir. « De la doncella  
« De Irlanda la beldad es un prodigio ;  
« Mas á su lado la de Amon descuella  
« Por su nobleza y gracia,  
« Cua! de los tres del Norte en el litigio

« Descolló por su esfuerzo y por su audacia. »

Esto el consejo decidió, y al punto  
A la dama irlandesa, que temblando  
La decision aguarda de este asunto,  
Dice el alcaide : « ¡ Oh dama, bien que infando,  
« Que os sometáis es fuerza á este decreto.  
« Yo la ley no interpreto  
« Que rige aquí, donde habitar no puede  
« Dama á quien otra en hermosura excede. »

Cual suele nube oscura,  
Desde el valle elevándose hácia el cielo,  
Con tenebroso velo  
Oscurecer del sol la lumbre pura,  
Tal de la dama, á la sentencia dura  
Que á la lluvia y al viento la condena,  
Se encapota la faz clara y serena.

Cuerda en tanto y piadosa, Bradamante  
Dice : « Yo, damas y señores, hallo

« Que inicuo es todo fallo  
« Cuando no se permite al litigante  
« Que exponga, afirme, niegue,  
« Y razones en pro ó en contra alegue.  
« Y á fin que este debate se termine  
« ( Si soy ó no mas bella importa poco ),  
« Digo que aquí como mujer no vine  
« Ni de mujer los méritos invoco.  
« ¿ Quién osará, si no me ve desnuda,  
« Asegurar que yo soy la mas bella?  
« Mal hace quien sostiene lo que duda ;  
« Y su culpa es mas grave  
« Cuando ajenos derechos atropella  
« Por sostener aquello que no sabe.  
« Muchos hay que, cual yo, sin ser por esto  
« Mujeres, larga cabellera gastan.  
« ¿ A probar si soy dama ó si soy hombre  
« Mi ánimo acaso y mi poder no bastan?  
« ¿ Porqué pues darme femenino nombre  
« Cuando viril audacia manifiesto ?

« Vuestra ley lo que quiere es que una dama  
 « Ceda á dama mas linda,  
 « No que al esfuerzo la beldad se rinda.

« Supongamos (tampoco os lo concedo)  
 « Que yo mujer, cual lo afirmasteis, fuera:  
 « Porque á la de otra mi beldad cediera,  
 « ¿Perderé el galardón de mi denuedo?  
 « No; que privarme á la beldad no es dado  
 « De aquello que mi espada ha conquistado.

« Si tal fuese la ley, por lo que toca  
 « A mí, digo y declaro  
 « Que, aun el pleito perdiendo, de la Roca  
 « Yo no saliera á fe; por tanto es claro  
 « Que á pugna desigual se nos provoca;  
 « Pues que, pudiendo sucumbir, en ella  
 « Nada puede ganar esa doncella.

« Injusto es todo pacto en que al peligro  
 « No se asocia esperanza de provecho:  
 « Vuestra ley, pues, por bárbara denigro,  
 « Por contraria á justicia y á derecho.  
 « Esta mi opinion es; y si hay alguno  
 « Que á sostener que me engañe se atreva,  
 « Darle en tiempo oportuno  
 « Otra podré mas convincente prueba.»

Así por la Irlandesa  
 Piadosa Bradamante se interesa,  
 Con sólidas razones que, apoyadas  
 Con su último argumento,  
 Persuaden al alcaide en el momento.

Cual tierna flor, de agosto bajo el rayo  
 Próxima ya á espirar, alta la frente,  
 Vuelve de su desmayo  
 Cuando de lluvia algunas gotas siente,  
 Del Norte así la triste embajadora,  
 Oyendo esta defensa,  
 Siente ventura inmensa  
 Que su alma alegre, y que su faz colora,  
 No turba la llegada

De nueva dama ó paladin la cena,  
 A la cual, entre el gozo y la alegría,  
 Honor hace la hambrienta compañía.  
 Sola, entre tantos que disfrutan, pena  
 La hija de Amon, á quien recelo injusto  
 Arranca el corazón y roba el gusto.

La cena presto se concluye, tanta  
 Es la curiosidad que las devora.  
 De Montalban la virgen se levanta;  
 Levántase despues la embajadora,  
 Y á un signo del alcaide  
 Miles de hachones resplandecen. Cuanto  
 Avino luego digo en otro canto.

## CANTO XXXIII.

Descripcion de las guerras entre Francia é Italia. — Combate  
 Reinaldo con el rey Gradaso. — Llega Astolfo á Etiopia, y  
 libra á Serapo de las arpias que le atormentaban.

De Parrasio, Timántes, Polignoto,  
 Protágenes, Timágoras, Apéles,  
 Zéuxis y Apolodoro (de los cuales  
 Con la existencia destruyera Cloto  
 Las obras de sus mágicos pinceles)  
 La fama existe, y perecer no puede  
 Mientras que en torno al sol la tierra rueda.

Tal la suerte será de los maestros  
 Contemporáneos nuestros,  
 Leonardo, Andres Mantegna, Juan Belino,  
 De entrambos Docios, y de aquel divino  
 Miguel, mas ángel que mortal, á un tiempo  
 Escultor y pintor; del gran Ticiano,  
 De quien se honra Cadora,  
 Cual Venecia y Urbino  
 De Rafael y Sebastian. Eterna  
 De todos estos y de muchos otros,